

*Cuaderno: El centenario de  
Alberto Ruiz de Galarreta*

LARRAMENDI, GALARRETA Y  
LA HISTORIA DEL CARLISMO  
RECIENTE. EN EL CENTENARIO DE  
ALBERTO GALARRETA

*Miguel Ayuso*

**1. Incipit: Galarreta, Gamba y Larramendi**

De lo que se trata en este breve papel es de presentar la magna obra *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, que Alberto Ruiz de Galarreta elaboró durante decenios y publicó a sus expensas, con la ayuda de la Fundación Larramendi en la recta final de su edición.

Alberto Ruiz de Galarreta e Ignacio Hernando de Larramendi eran casi coetáneos, aunque el año y medio largo que le sacaba el segundo al primero marcará la diferencia para la participación en la guerra, pues Larramendi combatió como requeté mientras que a Galarreta le fue imposible por tener trece años cuando empezó. Eran también amigos desde esos años bélicos que pasaron ambos en San Sebastián, de donde Galarreta era natural. Y fueron también conmilitonos en la Compañía Tradicionalista de Don Javier de Borbón, ahorrados en un Carlismo de estricta observancia, legitimista y tradicionalista, nada complaciente con el franquismo.

Larramendi, cuando emprendió la aventura de Mapfre, a mediados los cincuenta, dejó la primera línea de la militancia carlista. Pero nunca se extinguió en él la vieja llama, por más que alguna huella dejaran los cambios de los años sesenta y setenta, particularmente los religiosos originados

por el II Concilio del Vaticano. Galarreta lo contaba con su desenvoltura habitual. Y también Rafael Gamba, compañero de colegio de Larramendi, aunque un año mayor, y uno de sus mejores amigos. Con todo, en el último trecho de la vida de Ignacio Larramendi, tras su jubilación de Mapfre, se reanudaron las relaciones y frecuentaciones. Soy testigo de los encargos que hizo Larramendi a Galarreta, que éste ejecutó con la diligencia de siempre. E incluso quiso que hubiera una presentación «tradicionalista» de su libro de memorias *Así se hizo Mapfre* (1), en la que hablamos Rafael Gamba, Alberto Ruiz de Galarreta y quien escribe estas notas, teniendo lugar en la Gran Peña (2).

Gamba me contó su vida como una lucha, primero contra *El Debate*, luego contra la Falange y finalmente contra las jerarquías de la Iglesia tras el Concilio. Creo que de Larramendi podría decirse algo parecido en los dos primeros capítulos, pero quizá no en el tercero. O al menos es lo que pensaba Gamba. En concreto, respecto de los años de la República, éste recordaba que en el colegio los enemigos no eran los republicanos, que apenas había, sino los partidarios de la táctica del apaciguamiento de Herrera Oria. Que eran inmensa mayoría. Frente a los que estaban los carlistas, reducidos en su curso a él mismo, Larramendi y Luis Felipe García Sanchiz (hijo del famoso *charlista* Federico García Sanchiz). La Falange, constitutivamente chulesca, tampoco tuvo nunca las simpatías de Larramendi (3). En cuanto a la última fase, en cambio, quizá Larramendi fuera influido por el progresismo católico, lo que posiblemente determinó que no rechazara la deriva de Carlos Hugo del mismo modo que Gamba.

---

(1) IGNACIO HERNANDO DE LARRAMENDI, *Así se hizo Mapfre*, Madrid, Actas, 2000.

(2) MIGUEL AYUSO, *La Gran Peña (1869-2019). Ciento cincuenta años en la historia de España. Notas de historia, arte y sociedad*, Madrid, Turner, 2019. Club de origen liberal al que pertenecía Larramendi, como yo mismo, y cuyo edificio de la Gran Vía, número 2, proyectó y dirigió el arquitecto Eduardo Gamba, padre de Rafael e íntimo amigo de don Luis Hernando de Larramendi, padre de Ignacio.

(3) Véase MIGUEL AYUSO, *Koinós. El pensamiento político de Rafael Gamba*, Madrid, Speiro, 1998, pp. 32 y ss. En esas páginas recojo las conversaciones que tuve con el autor estudiado, reproduciendo sus palabras.

Ignacio Larramendi demostró su amistad a Gamba y Galarreta de múltiples modos a lo largo de su vida, y los últimos años en buena medida a través de su patrocinio del homenaje al primero con el libro colectivo que dirigí y editó *Actas: Comunidad humana y tradición política. Liber amicorum de Rafael Gamba* (4). Respecto del segundo prestando una ayuda decisiva, por medio de su Fundación (que entonces se llamaba Luis Hernando de Larramendi, por su padre, y hoy sus hijos, por el suyo, han rebautizado como Ignacio Larramendi), para que se completara la edición de los *Apuntes y documentos...* Que comenzó en 1979, con la aparición del primer tomo, y terminó en 1991, con la del vigésimo octavo, o mejor, en 1993, con la del índice temático. Tan es así que Alberto Galarreta quiso hacer un documento por el que legaba a la Fundación Larramendi todos los restos de la edición que quedaran, no sólo de los tomos que la Fundación había ayudado a financiar, sino de todos los anteriores, que habían corrido exclusivamente a su costa. Y nos designó a Rafael Gamba y a mí albaceas al respecto. Pero Galarreta sobrevivió a Gamba y en vida hizo la transferencia de esos restos. De modo que mi albaceazgo ha quedado reducido a sumar la obra a la Biblioteca Virtual de Pensadores Tradicionalistas, cuya dirección Ignacio Larramendi me encomendó en su día.

Vamos a empezar por repasar la vida de nuestro hombre.

## 2. Los Ruiz de Galarreta y los Mocoroa

Alberto Ruiz de Galarreta Mocoroa nació en San Sebastián el 28 de diciembre de 1922.

Su padre, Teodoro Ruiz de Galarreta Maestu (Pamplona, 1884-1954), era miembro de una conocida familia procedente de Estella. Dos de sus hermanos, Luis y Melanio, fueron oficiales del Ejército, el primero de Infantería y el segundo de Caballería. Melanio casó con Ignacia Maissonave Sanz, mientras que Luis lo hizo con Martina Mayo Zubizarreta, nieta del

---

(4) Miguel Ayuso (ed.), *Comunidad humana y tradición política. Liber amicorum de Rafael Gamba*, Madrid, Actas, 1998. Su presentación, junto con la de mi libro citado en la nota anterior, se presentaron en una cena, de nuevo en la Gran Peña, el 27 de noviembre de ese año.

empresario chocolatero Pedro Mayo. Un tercero, Benigno, fue el propietario del famoso Hotel de Londres en San Sebastián y se cuenta entre los accionistas fundadores del Banco de Pamplona. Se conocen también los nombres de tres hermanas: Rosario, Eugenia y Fermina. Hijos todos de Felipe Ruiz de Galarreta Dombrasas y Pilar Maestu Navarro. El apellido Maestu, por cierto, en ocasiones se escribía Maeztu.

Teodoro, de joven había ido a Londres a estudiar inglés, de donde pasó a los Estados Unidos para trabajar en una empresa farmacéutica. Como dos agentes de la compañía enviados a Sudamérica a realizar cobros hubieran sido asesinados, se ofrece voluntario para ocupar su lugar, cruzando en mula el continente, desde Colombia a la Argentina, y cumpliendo la misión. Obtuvo como recompensa una franquicia estupenda, que tras el bloqueo anglo-francés a las potencias centrales durante la Primera guerra Mundial, que afectó a la industria farmacéutica alemana, se hizo aún mayor. Ganó mucho dinero y regresó a España, contrayendo matrimonio en San Sebastián, el año 1921 con María Felisa Mococho Durán, de familia de Tolosa. Tuvo dos hijos: Alberto (San Sebastián, 1922-Valencia, 2019) y Elvira (San Sebastián, 1925-Valencia, 2018).

De su padre, además de estos recuerdos que Alberto me contaría muchos años después, definiéndolo como poco religioso, de derechas pero ajeno al carlismo, sólo consta que era aficionado a la fotografía estereoscópica sobre cristal. En la Fototeca de Navarra está depositado un fondo fotográfico formado por 600 placas que registran la actividad turística familiar entre 1916 y 1941 de viajes por distintas localidades navarras y otros rincones de España como Guernica, Irún, Orío, Pasajes, Vergara, Nestares, así como localidades y lugares franceses como los Alpes, Bayona, Biarritz, Bretaña, Mont Saint Michel, París, San Juan de Luz o Touraine.

Su madre, en cambio, era muy religiosa y muy carlista. El abuelo de ésta había sido nombrado por Don Carlos VII catedrático de griego en la Universidad de Oñate, teniéndose que exiliar después y trabajando en una fábrica de coñac en Burdeos. Otro de sus parientes había pertenecido por su parte a la partida del cura Santa Cruz. Lo que no

dejó de tener su peso en la asunción de este pseudónimo como el más usual de los que se valió Galarreta.

### 3. Recuerdos de infancia y juventud

Sus recuerdos de la guerra en San Sebastián eran muy vivos. Una noche llegan los milicianos comunistas y sacan a sus padres. Un vecino, familiar, llama a su tío Benigno, a quien los anarquistas habían requisado el Hotel Londres para convertirlo en hospital de sangre, y que hábilmente se había quedado en él trabajando a las órdenes del cabecilla, un asesino llamado Langarica, que en esta ocasión fue de ayuda vital. Pues envió de inmediato a algunos de sus milicianos a decir a los comunistas que «eran de ellos». Así se salvaron. Pasando en el hotel el resto de la ocupación, hasta la liberación de San Sebastián por los requetés en septiembre de 1936, quienes por cierto fusilaron a Langarica.

Su padre nunca se reharía ni física, ni anímica ni económicamente de los quebrantos sufridos. No sólo por los rojos, sino también por los nacionales, que amenazaban bajo pena de muerte a declarar las divisas. Así perdió setecientas cincuenta mil libras, que tenía en Londres, y un importante paquete de acciones en la Argentina. Su madre, religiosa y jovial, parecía en cambio no haber sufrido. A Alberto le quedará siempre la amargura –me lo confesó abiertamente– de que su padre, a diferencia de los de otros niños, no le acompañaba ni le llevaba de excursión. Y no es que no le quisiera... Hay que tener en cuenta también que se había casado mayor, lo que tenía su peso.

Terminada la guerra, que Alberto no pudo hacer por razones de edad, la familia se trasladó a Valencia, donde Alberto estudió Medicina. Nuestro hombre ya había sido «Pelayo» en San Sebastián, perteneciendo a la Agrupación Escolar Tradicionalista (AET), cuyo carnet –que conservaba– quiso regalarme en los últimos años de su vida. Al llegar a Valencia se presentó a las autoridades de la Comunión Tradicionalista, continuando su militancia. Recordaba siempre el encuentro con José María Melis, de imponente físico, con su boina roja enorme. También la personalidad de

Rafael Rojas, marqués de Algorfa. Y la pujanza del carlismo valenciano. Fue detenido en la concentración del día de San Francisco Javier de 1945. En Valencia. Pues en Pamplona los incidentes fueron mayores. Al inicio de su periodo valenciano presenció un hecho que, al cumplirse los doscientos años del nacimiento de Darwin, contó en una carta deliciosa que publicó el diario ABC. Durante el curso 1939-1940 se procedió a retirar la lápida de mármol con la efigie de Darwin en bronce que adornaba los muros de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia. El catedrático Barcia Goyanes, una de las figuras más señaladas a la sazón del mundo católico, habló a los reunidos explicando la retirada porque Darwin ni era valenciano, ni español, ni médico ni había trabajado por los enfermos. La lápida había sido puesta a principios del siglo XX, en coincidencia con el centenario de la publicación de *El origen de las especies*, en 1909, fruto de la presión del blasquismo anticlerical. Su retirada, al fin de la guerra de España, de neto signo religioso, también tiene a la Iglesia en su origen. Esa es la mejor síntesis.

Con la carrera terminada probó vocación en la Compañía de Jesús, ingresando en el Noviciado de Veruela, de donde salió no por voluntad propia sino por el juicio del maestro de novicios, que dictaminó no era hombre para la institución. Para Alberto Galarreta fue un mazazo. Siempre estuvo convencido de la realidad y autenticidad de su vocación. Muchos años después, todavía me repetía con emoción, y no sólo una vez, sino de modo recurrente, en la intimidad de la conversación: – *Yo no fui infiel a Jesucristo*. De algún modo, la clave de lectura de su vida reside ahí. Tras dejar la Compañía, o que –como hemos visto– ésta le dejase, decidió una especie de consagración religiosa «por libre» que llenó todo su tiempo y sus afanes. La Compañía, si juzgamos por lo que iba a ser de ella no mucho después, no podía encontrar en Alberto Galarreta lo que buscaba para su apostolado. Y nuestro hombre, por su ingenio e independencia, de un lado, pero también por la pureza de su doctrina, de otro, hubiera chocado sin duda con esas nuevas orientaciones que a la sazón debían estar ya *in nuce*. No hablamos sólo de política, sector en el que es sabido que el generalato del padre Luis

Martín –por indicación de León XIII, o de su Secretaría de Estado, que llevaba adelante con celo digno de mejor causa un poco en todas partes la política del *ralliement*– sirvió en España para el trasbordo del carlismo (y el integrismo) a las posiciones que se llamaban *mestizas* y tienen por paradigma a la Unión Católica de Pidal (5). Nos referimos también a la teología, pues significados jesuitas estuvieron en los inicios de la llamada *nouvelle théologie*, originada en el modernismo y desembocada en el progresismo. ¿Qué hubiera sido de un integrista «muy saturado de doctrina», según la maliciosa frase de Sáenz Rodríguez referida a alguien de la misma tradición que Galarreta como era Lamamié de Clairac (6), con las «variaciones» de la Iglesia posconciliar?

#### 4. La profesión y la acción política

A la vuelta de Vuela comenzó la preparación de las oposiciones al Cuerpo de Sanidad de la Armada, en el que ingresó en 1950. La Escuela Naval y los destinos de los años sucesivos –en que hubo de estar embarcado– le mantuvieron alejado de la lucha política hasta su destino en Madrid a mediados del decenio. Fue entonces cuando aparece, en expresión que usaba con frecuencia, «en todas las salsas». Si bien su actividad se concentra en la Comunión Tradicionalista. Pero bulle en la tertulia de «La Tropical», donde ejercía de patriarca el viejo carlista José María Mazón, cuyo hijo Eugenio introdujo a Galarreta en la Ciudad Católica, que a fines de los cincuenta se instala en España (7). Alberto Ruiz de Galarreta entabló amistad con ese núcleo intelectual marcado por un tradicionalismo católico sin implicaciones políticas (lo que incluye las dinásticas) concretas. Eugenio

---

(5) Véanse las *Memorias del padre Luis Martín, General de la Compañía de Jesús*, ed. de José Ramón Eguilior, Manuel Revuelta y Rafael Sanz de Diego, 2 vols., Madrid, Universidad de Deusto, Ediciones Mensajero, Institutum Historicum S. J., Universidad Comillas, 1988. Y Miguel AYUSO, *La crisis de la cultura política católica*, Madrid, Dykinson, 2021.

(6) Pedro SAINZ RODRÍGUEZ, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 205.

(7) Alberto RUIZ DE GALARRETA, «In memoriam Eugenio Mazón Verdejo», *Verbo* (Madrid), n. 419-420 (2003), pp. 745-746.

Vegas, procedía del integristismo de Nocedal, pero había abrazado durante los años de la República, y los posteriores, la tesis de lo que más adelante se bautizaría como el «noble final de la escisión dinástica» (8). Decepcionado de su pretendiente, el conocido como Conde de Barcelona, con la Ciudad Católica y su revista *Verbo* se centró en el apostolado cultural, dejando atrás las veleidades políticas. A mí, que fui su último discípulo, no sólo nunca me disuadió de la militancia carlista, sino que me animó a perseverar en ella. Juan Vallet de Goytisolo, el gran jurista, había abrazado a través de Vegas la doctrina católica antiliberal y la tradición política española sin coloraciones dinásticas. Sus simpatías por el carlismo, en todo caso, aunque difusas, eran evidentes. Los adheridos a éste, primero a través de Galarreta, e inmediatamente a través de Rafael Gamba y Francisco Canals, que comenzaron su colaboración a principios de los sesenta, habían de tener peso creciente en la empresa apostólica. Pues a los mencionados se sumaron con el tiempo Elías de Tejada, Andrés y José Miguel Gamba, Álvaro d'Ors o quien firma estas líneas, entre otros muchos (9).

Galarreta no limitó sin embargo su acción a la Comunión Tradicionalista y la Ciudad Católica, sino que multiplicó sus talentos en otras obras. Por ejemplo, la revista *¿Qué pasa?*, en cuya segunda época, la más interesante, que se dilató entre en 1964 y 1973, tuvo parte no menor, con sus numerosos nombres de pluma, que llenaban abundantes páginas de cada número, de las más interesantes además. En la tercera época, que cubre el periodo 1978-1981, mantuvo su participación, así como en la tertulia que reunía a los más conspicuos de sus responsables, aunque quizá sin al-

---

(8) FRANCISCO MELGAR, *El noble final de la escisión dinástica*, Madrid, Publicaciones del Consejo Privado de S.A.R. el Conde de Barcelona, 1956. El editor lo dice todo. Respecto del nombre del autor hay que precisar que es el segundo conde de Melgar, no el que fue secretario de Don Carlos VII y acompañó a Don Jaime, sino su hijo. Que se había trasbordado.

(9) MIGUEL AYUSO, *El derecho público cristiano en España (1961-2021). Sesenta años de la Ciudad Católica y la revista «Verbo»*, Madrid, Dykinson, 2022. Don Javier de Borbón era hombre cercano a la Ciudad Católica francesa, como Don Sixto Enrique, su hijo y sucesor. Quien escribe estas líneas lo encontró en 1992 en el congreso internacional que se celebró en Versalles y que estaba puesto bajo su alto patronato.

canzar el relieve que había tenido en la anterior, la de Pérez Madrigal (10).

Pero estamos todavía en los años sesenta. Son años en los que Galarreta colabora estrechamente con la Jefatura Delegada de la Comunión Tradicionalista. José María Valiente le tiene en alta estima y Alberto Ruiz de Galarreta le defiende de los ataques que reputa injustos. No olvidemos que Valiente concitaba abundantes animadversiones en el carlismo. De un lado, los falcondistas, a quienes costó digerir el apartamiento de don Manuel, inevitable para la lucha dinástica que era preciso afrontar conforme Franco cumplía años y el horizonte de la sucesión se aproximaba. En ese sentido, no es que Valiente fuera *colaboracionista* de convicción, sino que dirigió la Comunión para una colaboración que se veía como la única táctica posible tras no haber obtenido fruto alguno de los dos decenios de confrontación. Don Javier había ordenado ese giro que, sin afectar a la doctrina y ni siquiera a los sentimientos, se veía como el único posible. Y que, obviamente, no podía pilotar quien había dirigido la Comunión en los años de la oposición más dura. Más aún, la no sustitución inmediata del Jefe Delegado demostraba una gran elegancia respecto de Fal. Galarreta lo repetía mucho: el propio Rey toma el mando personalmente, pues nadie salvo él puede hacerlo tras haberlo ejercido una personalidad como la de don Manuel.

Pero ni Gamba ni Elías de Tejada apreciaban a Valiente (11). Tampoco, desde la otra orilla dinástica, Vegas Latapie. Galarreta, en cambio, siempre insistía en la entrega sincera de Valiente a la Comunión, así como en sus cualidades políticas. Y había tenido ocasión de apreciarlas de cerca, por sus despachos frecuentes, ya que Alberto Galarreta, integrado en el Estado Mayor del Requeté que dirigía Pepe Arturo Márquez de Prado, trataba de los asuntos

---

(10) Puede verse mi «Alberto Ruiz de Galarreta en el tradicionalismo español contemporáneo», *Verbo* (Madrid), n. 581-582 (2020), pp. 25-41.

(11) FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, «Los dos José Marías según Plutarco», *El Pensamiento Navarro* (Pamplona), 15 de febrero de 1973. Paralelismo entre Valiente y Gil Robles en el que presenta al primero como un carlista político de matriz psicológica demócrata-cristiana, mientras que el segundo era un demócrata-cristiano en política pero carlista de *forma mentis*

de información con Valiente tras haberlas despachado con Pepe Arturo. El final de Valiente, más allá de la injusticia con la que le trató Carlos Hugo, no es ejemplar. Pues procuró reconvertirse de mil y una maneras, ninguna recomendable para quien fue Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista. Ciertamente que, como Galarreta me contó que le dijo un día el propio Valiente, sin entender entonces el significado exacto, él tenía «vocación política», mientras atribuía a su interlocutor «vocación profética». No está mal visto lo de la vocación profética de Galarreta, aunque en realidad tuviese una vocación política al servicio de una vocación profética (12).

No es cuestión de tratar aquí en detalle de lo ocurrido en el seno de la Comunión al final del decenio de los sesenta y el inicio de los setenta. Nuestro hombre, en todo caso, como los dirigentes carlistas más avisados y ortodoxos, comenzó pronto a distanciarse de la secretaría de Don Carlos Hugo, que había empezado a actuar paralelamente a la estructura jerárquica de la Comunión y con un sesgo progresista. Luego vendría el desastre del llamado Partido Carlista. Son años en los que Galarreta se centra en la Ciudad Católica y en el *¿Qué pasa?* Y son años en los que, tras la rotura de la unidad católica en 1966, concibe la idea de salvar la historia del carlismo en el periodo posterior a la guerra.

## **5. *Apuntes y documentos...*: el prólogo de Gamba y la comparación con Melchor Ferrer**

Fueron muchos años de trabajo sacrificado. La búsqueda de los documentos, dispersos en archivos privados, con frecuencia mal ordenados, si es que lo estaban, y cuyos poseedores a veces los guardaban celosamente, sin abrirlos al investigador, por más que fuera correligionario y amigo. Su transcripción, casi siempre penosa. Su ordenación, finalmente, en los volúmenes, laboriosa.

Llegó el momento de la edición...

---

(12) Véase Miguel Ayuso, *La política, oficio del alma*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2007. El libro, que tuvo una edición francesa, está dedicado a Alberto Ruiz de Galarreta.

Yo había conocido a Alberto Galarreta en 1978, en la sede de la revista *Verbo* y la editorial Speiro, en General Sanjurjo, 38. Antes ya ha aparecido. Lo recuerdo como si fuera hoy. Me pareció un señor mayor. Bueno, todos me lo parecieron: Gamba, Galarreta, Vallet de Goytisoló, Vegas Latapie... Vegas se aproximaba, pues había nacido en 1907. Los demás andaban por mi edad actual o eran más jóvenes. Hice amistad inmediata con Galarreta, pues fue el primero en acercarse y darme conversación. También en invitarme a su casa a hacer tertulia. Tertulia, que sobre todo los domingos por la tarde, hice con él durante cuarenta años. En el primer encuentro me preguntó por mis intereses y yo le respondí con una ingenuidad, la de los dieciséis años, que era carlista. Sin condescendencia alguna me dijo que él también, que había pasado la vida dedicado a la Causa y que estaba completando una obra recopilatoria de la historia contemporánea del tradicionalismo español que esperaba empezar a imprimir pronto y que aunque él no vería la consumación, pues se iba a morir pronto, confiaba que yo pudiera incluso ayudarlo a completarla (13).

Apenas un año después apareció el primer tomo, dedicado al año 1939. Que pocos meses después estaba agotado y se reeditó (el único) cinco años después. Rafael Gamba escribió el prólogo. Muy significativo. Con la agudeza que siempre exhibió para captar los móviles espirituales y los matices psicológicos de los hechos históricos comienza conectando los *Apuntes y documentos* que presentaba con la *Historia del tradicionalismo español* de Melchor Ferrer. Con posterioridad se ha repetido con frecuencia esa conexión. Pero sólo Rafael Gamba la presentó en toda su hondura, para marcar una diferencia esencial.

Escribe Gamba: «En la primavera de 1939 acababa la Guerra de España, victoriosamente para las armas nacionales. En ellas habían participado los carlistas –el Requeté– como una de las dos grandes fuerzas políticas y militares, al lado del Ejército. Por más que durante el curso de la guerra

---

(13) Miguel Ayuso, «Alberto Ruiz de Galarreta, el último carlista histórico», *Verbo* (Madrid), n. 577-578 (2019), pp. 687-688. Es, en lo sustancial, el obituario publicado en el diario ABC de 13 de septiembre de 2019.

la orientación política de la España nacional se hubiera perfilado en signos totalitarios al estilo de la época, muy ajenos a cuanto propugnaba el Carlismo, aquella victoria hubo de ser considerada por éste como la culminación de un siglo de luchas heroicas cuyo desenlace había sido adverso a sus armas» (14).

En ese ambiente se gestó la *Historia del tradicionalismo español* de don Melchor Ferrer Dalmau. La empresa fue concebida y patrocinada por el propio don Manuel Fal Conde, a la sazón Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, con la Editorial Católica Española que había puesto en pie. Se trataba de un ejercicio de *pietas* patria hacia cuantos habían precedido a los requetés en ese siglo de luchas, haciendo posible con su esfuerzo y sacrificio aparentemente inútil el renacer que también en apariencia –pronto se entendió– se vivía. El primer tomo apareció en 1941 y el último (vigésimo nono) en 1960. Esto decía Gamba en 1979. Pero ese mismo año, poco después de escribir esas palabras, se publicó en la misma Editorial Católica Española que había publicado los anteriores de Melchor Ferrer y también el primero de los de Alberto Galarreta el trigésimo de aquéllos, referido al periodo de Don Alfonso. De manera que, terminando la primera obra en 1936 y comenzando la segunda en 1939, sólo quedaba por historiar el periodo de la guerra. Algo que, de otro modo, iba a hacerse mucho después, también con participación de Ignacio Larramendi. Pero que, como decía un viejo historiador, es materia de otro curso.

La obra de Melchor Ferrer comenzó siendo de equipo, con la colaboración del periodista canario afincado en Sevilla Domingo Tejera y del abogado y escritor sevillano José Acedo Castilla. Pero el primero fallecería pronto, en 1944, y el segundo, aunque muy cercano al principio a Fal Conde, se hallaría pronto entre los *ralliés* a don Juan. Así pues, quedó Ferrer en solitario. Que dispuso de numerosos archivos, pero que –como apuntó Gamba– se basó sobre todo en el «archivo viviente» que era el autor, «cuya vivencia de gran

---

(14) Manuel de SANTA CRUZ [Alberto RUIZ DE GALARRETA], *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, tomo 1, Sevilla, Ecesa, 1979, pp. 5 y ss.

parte del proceso y cuya felicísima memoria proporcionarían a la obra, junto a un inmenso acopio de datos, el espíritu, el calor humano y los entresijos circunstanciales de todo el periodo historiado». «Hombre de vida intensísima, viajero y luchador incansable, al par que carlista íntegro, Ferrer había dirigido varios diarios tradicionalistas [incluso *El Correo Español*, tras la primera guerra mundial y el cisma mellista] y conocido como partícipe, no sólo de la vida del Carlismo español, sino de movimientos afines como la Acción Francesa [...]» (15).

El conjunto sigue resultando fascinante a quien abra sus tomos desprovisto de prejuicios. No sólo doctrinales, pues aunque es una obra con signo no deja de ser problemática. Sino también metodológicos, derivados de una cierta –diríamos– «exquisitez». Pienso, por ejemplo, respecto de lo primero, en el juicio ideológico de Fontana de tratarse de una obra «de escasa entidad» (16); mientras que me parece ver lo segundo en la calificación –injusta– de «adocenada» por mi amigo José Manuel Cuenca Toribio (17).

¿Cuál es, en cambio, la situación en la que Galarreta abordó su obra? Gamba presenta muy acertadamente el contexto. La posteridad de la guerra de España, por desgracia, no respondió a las esperanzas que su victoria final prometía. Circunstancias diversas contribuyeron a frustrarlas. Internas algunas, como el desarme moral progresivo del régimen. Externas otras, como el impacto de descomposición que el Concilio Vaticano II tuvo sobre la Iglesia. El resultado, amargo, apuntaba Gamba, era el de un horizonte tan sombrío como el que precedió al Alzamiento, agravado además por la falta generalizada de reservas morales, pues «cuantos bastiones resistieron cuarenta años atrás –Iglesia, familia, Carlismo, determinadas zonas del país– han sufrido un proceso de contaminación, de disgregación y de

---

(15) *Ibid.* Véase también Rafael GAMBRA, *Melchor Ferrer y la «Historia del tradicionalismo español»*, Sevilla, ECESA, 1979.

(16) Josep FONTANA, «Prólogo» a Pedro RÚJULA, *Contrarrevolución, realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo (1820-1840)*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 1998, p. IX

(17) José Manuel CUENCA TORIBIO, *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 2004, p. 202.

maleamiento interior que los ha convertido, a menudo, en focos de subversión».

## 6. El desarrollo de la obra

Aquí entra la situación del carlismo. Que sumó, a la persecución primero o a la tolerancia con mordaza posterior, la escisión dinástica (no tanto el llamado «octavismo», que no pasó de una anécdota pasajera, aunque en algunos dejara huella, como el «juanismo», que en cambio privó a la Comunión a algunas de sus élites) y finalmente una infiltración semejante a la sufrida por la Iglesia. En todo caso, el carlismo, aun en la oposición con frecuencia, por más que resultase una oposición singular, prosiguió su existencia con una actuación más o menos subterránea que requería ser historiada.

Alberto Galarreta lo afrontó cuando nadie lo había hecho. Hoy disponemos de algunos libros, bastante recientes, sobre la Jefatura Delegada de Fal Conde o la de José María Valiente, de valor disímil pero que han dispuesto de unos medios que Alberto Galarreta nunca tuvo al alcance de la mano. Cuando lo conocí tenía avanzada la obra, pero recuerdo el modo artesanal como fue completándola. Y recuerdo su entusiasmo al conseguir la fotocopia de un documento que llevaba años buscando o la contrariedad cuando alguien se la negaba. Solía decir que no hubiera podido pagar el coste del teléfono durante aquellos años, donde no había tarifas planas, pero que por ser médico del Colegio Mayor Jorge Juan –en que vivía– era gratis para él. Y recuerdo también una meditación para políticos a partir del honor del político pobre, que tenía reducida su vida social por no poder llevar un ramo de flores o una caja de bombones. Dios le pide en tal caso –decía– el sacrificio de su honor (18). En una época desaliento, tan opuesta a la que dio a luz la *Historia* de Melchor Ferrer, Galarreta afrontó la empresa con el entusiasmo y jovialidad que distinguieron todas sus acciones hasta el fin de sus días. De ahí que «quizá sólo Manuel de Santa Cruz haya sido capaz, con una plena consciencia de

---

(18) Miguel Ayuso, *La política, oficio del alma*, cit., p. 88.

cuanto estamos viviendo, de afrontar este inmenso trabajo de recopilación histórica». «Su labor –por el mismo signo adverso de la época– se ha visto erizada de incomprendimientos y dificultades, pero esto no le ha impedido agotar todas las fuentes y testimonios, examinar más de setenta archivos privados cuya relación consta en el pórtico del libro, y reunir un número impresionante de documentos que, con un leve hilo explicativo de su concatenación cronológica, hablan por sí mismos al lector que puede interpretarlos y someterlos a su juicio en completa libertad» (19).

Al igual que la de Ferrer se trata de una obra que algunos podrían considerar apologética, pero que en realidad es problemática. ¿Qué quiero decir con este término? Que aunque es una obra hecha desde dentro del carlismo y para el mismo, afronta los problemas de éste en el periodo. Se advierte para empezar en la cronología escogida. Galarreta puso por término de su recopilación el año de 1966. Se trata de la fecha del referéndum sobre la Ley Orgánica del Estado, que inició el fin de la unidad católica, completada con la Libertad Religiosa de 1967. Pero sigue con la inserción de la vida del carlismo en la de la España de su tiempo y aun en su contexto internacional. También intelectual y eclesiástico. Los comentarios o apuntes son mínimos y muchas veces me lamenté de ello con el autor. Pues son siempre de gran interés y de enorme agudeza. Haberlos engordado hubiera acrecido el interés y el valor de la obra. Pues se trataba estrictamente de un contemporáneo y con frecuencia protagonista o por lo menos espectador de lo narrado.

El método empleado en la exposición es original e intermedio entre las colecciones de documentos, impresos uno tras otro, desnudos y sin explicaciones, y el consistente en una narración por más que venga avalada por numerosas citas de las fuentes a pie de página. Galarreta presenta documentos íntegros, pero hilvanados por sus propios recuerdos de la época y con los comentarios que le sugieren, que, dado que ocupaba a la sazón un lugar privilegiado dentro de la

---

(19) Manuel DE SANTA CRUZ [Alberto RUIZ DE GALARRETA], *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, tomo 1, cit. Se trata del prólogo de Rafael Gamba.

Comunión Tradicionalista, son de extraordinario interés las más de las veces. Por eso, aunque ese texto conductor que enhebra documentos no es una ocasión que el autor aproveche para escribir o desarrollar cuestiones, sino más bien el mínimo indispensable para la comprensión del nexo interdocumental y de su contexto, el lector desearía que fuera más extenso y no sólo por lo que tiene de anecdótico o irónico, sino sobre todo por su intrínseco carácter de documento testimonial. De ahí que no sea aventurado sostener que la propia obra constituye, en buena parte, un documento histórico de primera mano, en cuanto que el diario personal constituye la fuente más directa en algunas ocasiones. El autor cuenta tantas cosas, a veces en breves notas a pie de página que su obra entra, además, en el género de memorias.

Además de su interés para la historia general de España y para la de la Iglesia, encontramos en esta obra, bien que disperso, un tratado de teoría y derecho políticos, y no sólo en su versión tradicionalista. Tal es la cantidad de páginas en la que figuran conceptos o debates de naturaleza teórica al hilo de los problemas concretos referidos. De ahí la importancia del índice temático.

Resumiré ya lo que con tanto interés se lee (20). ¿Qué se contempla en esta historia? Que en la España contemporánea el carlismo sobrevive, casi sin medios, nada menos que a todo esto: a cinco años de durísima lucha contra la Segunda República; a la muerte de un número importantísimo de sus dirigentes, en el Alzamiento, en el frente y en la zona roja; a la extinción del tronco de su Dinastía con la muerte de Don Alfonso Carlos; al destierro de su Jefe-Delegado y posteriores confinamientos del mismo y de otros dirigentes; al Decreto de Unificación de 19 de abril de 1937; a la hostilidad de las potencias totalitarias y de sus representantes en España; a la incomunicación con su Príncipe Regente; a la oposición de las democracias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial; a la represión de Franco; a la enemiga de la izquierda y del separatismo; a la instrumentación fría por parte del

---

(20) Manuel de Santa Cruz [Alberto Ruiz de Galarreta], *Apuntes y documentos...*, tomo 28, Madrid, Gráficas La Torre, 1991, p. 187 y ss. Se corresponden con mi epílogo, del que sigo aquí algunos de los conceptos.

alto clero; a los errores de Carlos Hugo; a los más variados intentos de colonización y utilización; a muchos y variados males más. La Segunda República infligía constantemente heridas al carlismo, pero ninguna era mortal de necesidad. Franco, en cambio, con el Decreto de Unificación, le negaba, de un solo golpe, el ser. La Unificación fue la respuesta a una de las primeras obligaciones de todo generalísimo: evitar la descomposición de la retaguardia, al contrario de lo que les sucedió a los rojos en Cataluña en 1937 y en Madrid en 1939. Pero fue errónea y de injustificada duración.

## 7. Hacia el epílogo

Todos estos asuntos desfilan por las páginas de la recopilación que tuve el honor de cerrar y plantean este interrogante: ¿cómo pudo sobrevivir a todo esto el carlismo? Galarreta nos da elementos para sintetizar esta respuesta: porque está inserto, como parte inseparable, en un contexto amplísimo que es la cosmovisión propia de la antigua Cristiandad. Es el último proyecto, no utópico, de civilización cristiana. Así se producen dos situaciones importantes que Alberto Galarreta resalta más que la mayoría de los otros autores. Primera, que el tradicionalismo no es ni única ni mayoritariamente un movimiento navarro, religioso y guerrero; es muchísimo más. En segundo lugar, las páginas de esta historia son un mentís a la teoría de Franco que fundía y confundía en un todo oficialmente indivisible la lucha contra la Segunda República –en la que, por cierto, no participó–, el Alzamiento –al que se sumó in extremis–, la guerra civil, y, sobre todo, con evidente error, los diferentes Estados que fue creando sucesivamente a lo largo de su vida. Para entender la historia contemporánea de España hay que desmontar y disecar este aparato de aspecto monolítico de la propaganda de Franco. Esta historia del tradicionalismo, que comentamos, contribuye cumplidamente a ello. Esa cosmovisión de la Cristiandad en la que está inscrito firmemente el carlismo, le prestó fuerza para sobrevivir y para no retroceder a partir de cierta línea. Pero también le influía, paradójicamente, en sentido contrario, de no dejarle avanzar más allá de otra línea, ésta molesta para Franco:

porque, al fin y al cabo, tras la persecución de la guerra, Franco gozaba del sostén de la jerarquía de la Iglesia. Este flujo y reflujo del carlismo entre un listón máximo y otro mínimo constituye un *modus vivendi* con Franco, que es original y peculiar de ambos, que diferencia la «oposición» del carlismo de la otra oposición, y que le permitió, a la vez que discrepara en unos asuntos, contribuir a las mejores realizaciones políticas de la época. Esto es lo que, en su versión más benévola, a causa de las circunstancias en que se publicó el libro, explicó Rafael Gamba en *Tradición o mimetismo* (21).

En atención a ese tradicionalismo amplio que desborda los límites estrictos del carlismo, la obra abunda en referencias a actividades y personajes de otras familias del pensamiento tradicional, aunque no carlistas o a posiciones simplemente antiliberales: así, pasa por sus páginas, en ocasiones, la Ciudad Católica –antes aludida–, o el Marqués de Valdeiglesias y el CEDI, o Rafael Calvo Serer y su labor al frente de la revista *Arbory* de la Biblioteca del Pensamiento Actual, o lo que significó la revista *Punta Europa*, que dirigió Vicente Marrero (22), etc. Incluso, aunque en función de la participación de los tradicionalistas españoles, se encuentran referencias a la O.A.S. franco argelina, a la política portuguesa, a la revolución cubana, etc. Por tanto, el libro excede con mucho de una mera historia del tradicionalismo español, sino que ésta aparece integrada en un marco mucho más general, sobre todo español (la retirada de los embajadores en 1946, el abandono de los territorios africanos), pero incluso internacional y religioso. Porque la religión siempre ha sido lo principal para el tradicionalismo, de tal modo que por ella se puede transigir y subordinar objetivos políticos; cuando, en cambio, es ella la que está en juego, todo cambia.

---

(21) Rafael GAMBRA, *Tradición o mimetismo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976. Las circunstancias a que se alude no son otras que la agonía física de Franco y la de su régimen. Pues fue un trabajo escrito y premiado en octubre de 1975, antes de la muerte de Franco, del que trasluce la evidente intención de salvar lo mejor de ese régimen, que a la sazón ya había sido en general abandonado por el mismo.

(22) Esa inclusión no prejuzga su ortodoxia desde el tradicionalismo, y menos aún desde el carlismo, que se ha discutido por autores como Elías de Tejada. Puede verse mi libro *La filosofía jurídica y política de Francisco Elías de Tejada*, Madrid, Fundación Elías de Tejada, 1994.

Esto resalta con toda claridad en la obra de Galarreta, hasta el punto de que el lector extrae la conclusión de que el factor principal del declinar del carlismo no está en la ya citada enumeración de desgracias –con ser todos factores que coadyuvaron–, sino en la defección de la Iglesia después del Concilio Vaticano II. Diríamos que en las causas del naufragio carlista pesa más el Concilio que la grotesca operación de socialismo autogestionario del huguismo. Por esto, el autor ha elegido como límite cronológico de su obra el año 1966, en que se produce el referéndum que acomoda el artículo 6º del Fuero de los Españoles a los nuevos criterios vaticanos sobre libertad religiosa. Esa adaptación, exigida por la interpretación dominante de la declaración conciliar *Dignitatis humanae*, marca un punto sin retorno en la trayectoria del régimen. Después de 1966, perdida la unidad católica –que fue pilar fundamental tanto de la civilización española como del ideario político del carlismo–, se produce un declinar no remontado ni por aquella ni por éste. Esto explicaría la ausencia, notada por todos los espectadores, de un tradicionalismo vigoroso y operante en el postfranquismo. Y abona la hipótesis de un resurgimiento del carlismo coincidiendo con un saneamiento de la Iglesia. Solamente a la crisis de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX no ha podido resistir el carlismo, porque no le afecta sólo accidentalmente, sino que toca esencialmente a su soporte, que es esa cosmovisión de la Cristiandad. La vocación del carlismo de servir a la Iglesia se ha encontrado con que ésta, de pronto, no quiere ser servida como secularmente. Providencialmente, este rechazo de lo esencial del tradicionalismo no se ha producido tanto desde lo esencial de la Iglesia –el dogma–, como desde una accidentalísima concepción coyuntural de sus relaciones con el Estado y con las religiones falsas.

## 8. Conclusión

Las vicisitudes del carlismo no afectaron a sus principios, preservados incólumes. Los años que había colaborado con el Secretariado instituido por Don Javier y con la Jefatura Delegada de José María Valiente que le siguió, le

habían dado un conocimiento interior de la organización y de sus hombres, de sus virtudes y también de sus defectos. Conservaba simpatía por el disidente catalán Mauricio de Sivatte, pero –aunque pudiera parecer lo contrario– no era un integrista sino un legitimista, o mejor, un tradicionalista integral, un carlista puro, además no vergonzante, por acudir una vez más a la tipología de Rafael Gamba (23). En ese sentido, se refería siempre con respeto a Don Javier, del que decía que era el último gran príncipe de la Cristiandad, y del que temía que hubiese sido su estrecha amistad con Pío XII (y su conexión quizá con alguna *sapinière*) la que le hubiera retraído en algunos momentos decisivos, por ejemplo, de la difícil relación con Franco. Y estuvo siempre en el entorno de Don Sixto Enrique, singularmente cuando después del año dos mil Rafael Gamba asumió la Jefatura Delegada de la Comunión. En hombre zumbón e hipercrítico sorprendía ver la sincera emoción con la que saludaba a Don Sixto o con la que me anunciaba alborozado haber recibido correspondencia del Castillo de Lignières: – *¡Otra vez Lignières!* En este sentido, yo me permití hacerle una observación, que él me recordó en muchas ocasiones posteriores, pues le había hecho impresión, a propósito de la comparación (odiosa como todas, pero instructiva como a veces) entre padre e hijo. Yo le decía que Don Javier había vivido en una sociedad en la que la realeza tenía aún un peso y una función sociales. Chapado a la antigua, pero sin acartonamientos, amigo del Papa, legitimista de hierro, conectado con todas las casas reales y metido –como decía Alberto Galarreta gráficamente– en todas las «salsas», su hijo iba a conocer un mundo en el que todo ese horizonte social había prácticamente desaparecido y su carácter más osado presentaba no sólo inconvenientes respecto de su antecesor, sino también ventajas. En plena debacle del «huguisimo» (hugonotismo, como se decía con un punto de ironía malvada, de resultas de la boda del que fue Don Carlos Hugo con la princesa Irene de Holanda) Alberto salió de la disciplina y transitó por el mundo de los francotiradores, lo que alguna

---

(23) Rafael GAMBRA, *Melchor Ferrer y la «Historia del tradicionalismo español»*, cit.

huella le dejó para el futuro. Se aferró a los principios y siguió disparando en todas las direcciones. Todavía en plenos setenta, recibió con gusto a Don Sixto en una de las cenas de Cristo Rey que yo había empezado a organizar siguiendo sus instrucciones. Luego le recuerdo, junto con Rafael Gamba y Carlos Etayo, participando en las reuniones que Vicente Febrer beneméritamente promovió en aras de recomponer el tradicionalismo carlista en los ochenta. A las que me sumaron generosamente. Íbamos en su automóvil, que conducía con desenvoltura y una legión de ángeles de la guardia rodeándole. Cuando pareció que fraguaba, en una organización llamada «Comunión Tradicionalista Carlista», que recibió los registros de los grupos precedentes, incluida la verdadera Comunión Tradicionalista, se dio cuenta de inmediato de que la defensa de la Unidad Católica, piedra angular de ésta, iba a ser abandonada, como de hecho fue. Así, con Gamba y Etayo, Galarreta salió de inmediato. Yo los seguí. Pepe Arturo Márquez de Prado, por su parte, anduvo el mismo camino, aunque por razones distintas. En los noventa recuerdo algunas reuniones en torno a Don Sixto promovidas por José Ramón García Llorente, a las que asistían su hermano Hermenegildo, Pepe Arturo, Rafael Gamba y Galarreta. Y, como ya he dicho, en los dos mil se sumó con entusiasmo a la Comunión reconstituida con Rafael Gamba. Don Sixto, con quien ocupó varias veces la mesa presidencial en los almuerzos de los Mártires de la Tradición o en otras ocasiones solemnes, como la conmemoración en 2008 de los 175 años del Carlismo, le otorgó en 2014 la Gran Cruz de la Orden de la Legitimidad Proscrita.